

Proyecto editorial: Federico Polotto
Coordinación general de la obra: Juan Suriano
Asesor general: Enrique Tandeter
Investigación iconográfica: Graciela García Romero
Diseño de colección: Isabel Rodríguez

NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 5

EL PROGRESO, LA MODERNIZACIÓN
Y SUS LÍMITES
(1880-1916)

Directora de tomo: Mirta Zaida Lobato

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

I

*El péndulo de la riqueza: La economía
argentina en el período 1880-1916*

por FERNANDO ROCCHI



Trabajo agrícola en las colonias santafecinas.

En 1908, mientras la Argentina vivía uno de sus momentos de mayor esplendor económico, el escritor Octavio Batolla miraba al pasado con nostalgia. No era el esplendor en sí lo que movía la queja del escritor, sino la forma en que el éxito iba modelando los valores de una nueva sociedad. Batolla, en verdad, pensaba que la economía había ido demasiado lejos; más allá de los ferrocarriles, puertos, estancias y chacras, que se mostraban como los logros de un país pujante, lamentaba que el crecimiento económico hubiera producido un cambio de tal profundidad en las costumbres como para barrer con los rasgos virtuosos de un pasado que no era completamente negativo. Con dolor, concluía que “si nuestros criollos del año '20 resucitasen, no reconocerían hoy, a buen seguro, la tierra natal en que desaparecieron para siempre (...) los devaneos más o menos inocentes de su juventud (...)”.¹

Al vociferar contra los cambios que el crecimiento económico había traído en las costumbres, Batolla no era una voz aislada. Antes que él, a

¹ Octavio C. Batolla, *La sociedad de antaño*, 1908, pp. 102-3.

fines del siglo XIX, un grupo de escritores nostálgicos había producido una serie de obras con el fin de recordar (y, aun más, de revalorizar) la sociedad de la posindependencia en la que ellos habían desplegado sus vigores juveniles. Uno de ellos —Santiago de Calzadilla— publicó en 1891 una lacrimosa colección de recuerdos a la que llamó *Las beldades de mi tiempo* y en la que se quejaba de la superficialidad y ostentación producidas por la expansión económica. Como hacen todos los nostálgicos, Calzadilla imaginaba un pasado demasiado armonioso frente a un presente excesivamente conflictivo. Los puntos de ruptura, sin embargo, no estaban elegidos al azar y transpiraban del contexto en el que escribía su relato. Refiriéndose a los años de su juventud, este hombre nacido casi con la Revolución de Mayo recordaba que, en ese entonces, las tertulias “se repetían al infinito, facilitadas por la sencillez, por el ningún aparato en los salones ni los tocados; pues no se daban para lucir trapos, sino para gozar del trato en el intercambio de ideas con tan bellas y distinguidas señoras”. El consumismo del fin de siglo, en cambio, contrastaba groseramente con los apuros en que se encontraban aquellos que realizaban convites en su propia casa sesenta o setenta años atrás, cuando “la vajilla andaba escasa. Las fuentes y platos, y sobre todo las cucharitas de café, eran insuficientes. En ese tiempo era rarísima la persona que poseyera más de una docena de cucharitas”.

En la imaginación de Calzadilla y de Batolla, los hombres de 1820 no podían reconocer el mundo de principios del siglo XX. Probablemente, y a pesar de los cambios ocurridos, los de 1910 se sorprenderían menos si resucitaran en la actualidad; aunque asombrados, podrían reconocer elementos que formaban parte de su universo. Los elementos del confort que tanto despertaban la atención (y la indignación) de los nostálgicos eran, en verdad, parte del despliegue de elementos materiales y simbólicos que no hacían más que mostrar los alcances de un proceso iniciado mucho antes, pero que sólo por entonces mostró que había llegado para quedarse y en el que la economía ocupó un papel crucial como fuerza dinamizadora de la modernidad.

CRECIMIENTO ECONÓMICO Y EXPORTACIONES

En el período 1880-1916, la economía argentina experimentó un crecimiento tal que la llevó desde una posición marginal a convertirse en una promesa destinada a ocupar en América del Sur el lugar que los Estados Unidos tenían en América del Norte. Si bien lo ocurrido en el resto del siglo terminó por desestimar tan favorables pronósticos, en aquellos años no había dudas sobre el porvenir de gloria que le esperaba al país. Y la realidad parecía demostrarlo; en los treinta y seis años que siguieron a 1880, mientras la población se triplicaba, la economía se multiplicó nueve veces (véase Cuadro n° 1). El producto bruto interno creció, en ese período, a una tasa del 6% anual. Más aún, el producto per cápita lo hizo a aproximadamente un 3%, un dato todavía más revelador dada la cantidad de inmigrantes que llegaron, por entonces, al país. Estas cifras resultaban inusuales para esa época, en que la economía mundial crecía a un ritmo más modesto que lo que hemos estado acostumbrados a ver desde la segunda posguerra. En efecto, el crecimiento del producto per cápita en la Argentina superaba, aunque levemente, al de los Estados Unidos —el ejemplo más llamativo de prosperidad de la época— y holgadamente al de Francia, Gran Bretaña y Japón.

El motor del crecimiento económico fueron las exportaciones de productos primarios. Desde mediados del siglo XIX, las ventas al exterior de lana habían crecido de manera sostenida y convertido a este producto en el principal bien exportable del país, desplazando al cuero y otros derivados del vacuno que habían dominado

**Cuadro n° 1: Producto bruto interno per cápita 1875-1913
(en dólares de 1970)**

Año	Argentina	Canadá	Italia	G. Bretaña	EE. UU.
1875	334	631	565	1041	826
1899	946	1020	560	1386	1387
1913	1151	1466	783	1492	1815

Fuente: Roberto Cortés Conde, *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1997, p. 29.

Cuadro n° 2: La economía argentina 1881-1916

La población es en miles; el producto toma como año base a 1900=100; las exportaciones y las importaciones están en millones de libras; los ferrocarriles, en kilómetros.

Año	Población	Producto	Export.	Import.	Ferrocarriles
1881	2.565	21,86	11,6	11,1	2.442
1885	2.880	44,70	16,8	18,4	4.541
1890	3.377	58,59	20,2	28,4	9.254
1895	3.956	82,69	24,0	19,0	14.222
1900	4.607	100,00	31,0	22,6	16.767
1905	5.289	164,30	64,6	41,0	19.682
1910	6.586	197,43	74,5	70,4	27.713
1916	7.885	201,02	99,4	59,8	34.534

Fuente: Elaboración propia basada en Vicente Vázquez Presedo, *Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914*, pp. 15-6, 65-6, 75, 105, y *Segunda parte, 1914-1939*, Buenos Aires, Macchi, 1971, p. 183; Roberto Cortés Conde, *La economía argentina...*, pp. 230-1.

el comercio internacional en los años que siguieron a la independencia. Entre las décadas de 1840 y 1880, la "fiebre del lanar" pobló de ovejas refinadas de raza Merino los campos de la región pampeana y sentó las bases de su crecimiento económico. A fines del siglo XIX, la estructura de las exportaciones comenzó a diversificarse con la producción de nuevas mercancías para vender en el exterior, como cereales, lino, carne congelada ovina y animales en pie. A principios del siglo XX, la carne refrigerada vacuna se transformó en una nueva estrella (que brillaría con más vigor a partir de la década del veinte), mientras los cereales ampliaban su presencia. Cultivos y vacas de raza desplazaron a las ovejas hacia el sur y cambiaron el paisaje de las pampas hasta modelarlo con las características que aún hoy continúan prevaleciendo. Los cambios, por otro lado, no sólo implicaron un aumento en la diversidad sino en el volumen físico y el valor de las exportaciones que, entre 1880 y 1916, se incrementó nueve veces, al mismo ritmo que el producto bruto interno (véanse Cuadros n° 1, n° 2 y n° 3).

El auge exportador argentino fue parte de un proceso de internacionalización del intercambio comercial que se aceleró a fines del siglo XIX con el desarrollo del capitalismo internacional. Las economías más avanzadas estaban, por entonces, viviendo un proceso de industrialización, algunas como continuación de la revolución industrial iniciada años atrás y otras como el comienzo de una nueva etapa, que generaba tanto un exceso en la producción de bienes manufacturados (a los que había que exportar) como un aumento en la demanda de alimentos para su población y de las materias primas necesarias para sus fábricas (a los que había que importar). Aunque gran parte de este comercio se realizaba entre estos mismos países, la importancia de los mercados extraeuropeos fue creciendo hasta llegar a ocupar, a principios del siglo XX, un lugar relevante en la economía internacional.

Así como se comerciaban los bienes y servicios de un lugar a otro, también los factores de producción móviles —como el trabajo y el capital— fluyeron en el marco de esta internacionalización económica. El movimiento, como resulta fácil de esperar, se dio

Cuadro n° 3: Principales exportaciones argentinas 1881-1914 (en miles de pesos oro)

Año	Lana	Carne refrig. ovina	Carne refrig. vacuna	Trigo	Maíz	Lino
1881	30.432	—	—	147	288	604
1885	35.950	75	—	3.140	3.957	3.471
1890	35.522	1.633	—	9.837	14.146	1.229
1895	31.029	1.675	64	19.472	10.193	8.287
1900	27.992	2.265	2.459	48.628	11.934	10.674
1905	64.313	6.289	15.286	85.883	46.537	26.234
1910	58.848	6.008	25.371	72.202	60.261	44.604
1914	46.968	4.695	36.897	37.166	77.720	42.948

Fuente: Elaboración propia basada en Vicente Vázquez Presedo, *Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914*, Buenos Aires, Macchi, 1971, pp. 69-71.

desde aquellos lugares en que estos factores eran abundantes hacia donde resultaban escasos. Una Europa con exceso de población se convirtió, entonces, en la principal fuente de salida de mano de obra hacia las zonas que la requerían y que ofrecían salarios más atractivos. La industrialización en las economías más dinámicas, por otro lado, produjo excedentes de capital que, ante la disminución en la tasa de rentabilidad que la saturación productiva generaba en sus propios mercados, estaban ansiosos por migrar hacia donde se le ofreciera una ganancia mayor. La migración de trabajo y de capital requería un cierto marco de orden político y jurídico en los lugares de recepción, que protegiera vidas, propiedades y emprendimientos. En ciertas áreas, como ocurrió en gran parte de Asia y de África, el dominio colonial europeo aseguró este marco a través del control militar y político directo. En el caso de los países independientes de América Latina, la formación de los Estados centrales —que puso fin a las guerras civiles que siguieron a la independencia— brindó este contexto.

A mediados del siglo XIX, la inserción de la Argentina en el mercado capitalista mundial era débil, dato que no resulta sorprendente al tener en cuenta que estaban ausentes las condiciones para lograrla; el país, en verdad, no tenía ni capitales ni población suficiente como para producir bienes exportables en gran escala. Más aún, ni siquiera había un Estado central que pudiera ofrecer el orden político necesario para recibir estos factores escasos. Este orden finalmente llegó después de un largo, costoso y complejo proceso que comenzó a gestarse con la batalla de Caseros, en 1852, y culminó en 1880, cuando las tropas del gobierno central vencieron a la última rebelión provincial. En este proceso, el Estado en formación comenzó a garantizar la seguridad jurídica, la propiedad privada y el movimiento libre de capitales, con lo que llegaron las inversiones extranjeras y los inmigrantes.

La Argentina contaba con un factor de producción abundante sobre el que se basó (a partir de la combinación con los que eran escasos) el crecimiento exportador: la tierra. El tipo de tierras y el clima de las pampas permitieron la producción de bienes que contaban con una demanda creciente en el mercado mundial, así como convirtieron a la región pampeana en el eje de una expansión que parecía no conocer límites. Y no faltaban razones para pensarlo; la dotación de tierras se mostraba como inacabable, mientras que la fertilidad del suelo hacía que la producción agropecuaria resultara

altamente eficiente por los bajos costos que implicaba en términos internacionales.

La ocupación del espacio pampeano por parte de los blancos se fue desplegando en el tiempo a partir de una frontera que se desplazaba esporádica pero irreversiblemente sobre el territorio indígena. El salto final se produjo con la Campaña del Desierto, liderada por el general Julio A. Roca en 1879. En la década de 1880, con las campañas en el Chaco y en la Patagonia, esta frontera terminó por desaparecer. La expulsión de los indígenas, sin embargo, no significaba que las tierras entraran de inmediato en la producción. A partir de la conquista se dio otro proceso más lento, el del avance de la frontera productiva, que se desplegó durante varias décadas y alcanzó recién en la de 1920 el límite de su expansión.

Este doble movimiento de fronteras, la política y la productiva, resulta peculiar de la Argentina pues, a diferencia de otros lugares del mundo, no era la presión de una masa de población ávida de tierras la que impulsaba la conquista militar. En nuestro país, por el contrario, fue esta conquista la que atrajo a los pobladores ofreciéndoles una vasta extensión de tierras vírgenes. Su apropiación, por otro lado, precedió al poblamiento y aun a la propia conquista (como ocurrió con la venta de grandes extensiones para poder financiar las expediciones militares). A partir de su apropiación y poblamiento, las tierras se destinaron a la producción y, paralelamente, una parte de ellas comenzó a comprarse y venderse en un mercado cada vez más dinámico. Por su abundancia, el precio de la tierra fue, en un principio, muy bajo. A partir del avance de la frontera productiva, sin embargo, su valor comenzó a subir y, entre 1880 y 1913, el precio promedio de la tierra pampeana se multiplicó por diez.

El trabajo necesario para el proceso productivo fue provisto por la acción conjunta del crecimiento demográfico, de las migraciones internas y, sobre todo, de la inmigración. Para que esta última tuviera lugar operaron las malas condiciones de los superpoblados países europeos y los incentivos que ofrecía la Argentina, básicamente una favorable diferencia de salarios y las posibilidades de movilidad social que ofrecía un país nuevo. Este proceso será analizado en los capítulos siguientes por lo que aquí me centraré en el otro factor escaso que migró hacia la Argentina: el capital, al que se le ofrecieron oportunidades para lograr ganancias extraordina-

rias. Las inversiones extranjeras se desplegaron siguiendo dos elementos cuya importancia relativa fue cambiando con el tiempo: la seguridad (que fue crucial al principio del proceso) y la rentabilidad (que fue cobrando, a medida que aumentaba la confianza en el país, cada vez más atractivo como factor independiente). El primer elemento era sólo en parte similar al que hoy en día se denomina seguridad jurídica pues tenía, por entonces, un cariz más dramático. La Argentina, en efecto, había vivido durante buena parte de la primera mitad del siglo XIX en medio de una atroz guerra civil donde las confiscaciones, la arbitrariedad y la ausencia de la ley habían sido una constante. En esa atmósfera, ni siquiera las instituciones gubernamentales despertaban confianza.

En uno de los momentos de efímera paz, durante la presidencia de Bernardino Rivadavia, el gobierno había contraído un préstamo con inversionistas ingleses. El crédito tenía como fin la inversión productiva pero el clima político inestable, sumado a los requerimientos de la guerra con el Brasil, había derivado el dinero hacia otros destinos. La disolución del gobierno nacional, por otro lado, llevó a que la deuda se declarara impagable por lo que los capitales extranjeros se mantuvieron lejos de la posibilidad de realizar un nuevo préstamo y concentraron sus energías en recobrar el dinero prestado. No resulta sorprendente, entonces, que cuando a mediados del siglo se impuso la idea de alentar la llegada de nuevos capitales, se hiciera un arreglo con los acreedores extranjeros y se estableciera la forma en que finalmente se les pagaría.

El arreglo del problema de la vieja deuda era parte de la construcción de una atmósfera favorable para la llegada de nuevos capitales que requería un marco jurídico y legal más amplio. La Constitución de 1853 fue la base para lograrlo, al establecer el carácter sagrado de la propiedad privada y prohibir expresamente la confiscación. La seguridad que brindaba la ley, sin embargo, no eliminaba los riesgos del mercado. Fue el naciente Estado el que, con el objetivo de atraer inversiones, los disminuyó ofreciendo garantías de rentabilidad a los inversores. Mientras tanto, se iba generando la garantía final del movimiento de capitales: la confianza (que llevaría a la disminución del riesgo-país), un valor que sólo pudo ser construido en el largo plazo.

El Estado impulsó la primera ola de inversiones a través de la emisión de bonos del gobierno sobre los que se pagaba un interés mayor que el que brindaba un banco europeo; justamente, en esa

diferencia de rentabilidad estaba el interés por comprarlos. Pero ninguna ganancia hubiera resultado atractiva de no ofrecerse seguridades sobre su pago. La mejor muestra de seguridad estaba en el propio Estado, que ofreció sus ingresos como garantía y que, a la vez, pudo afianzarse gracias a esos préstamos que fortalecieron su aparato militar y burocrático, así como la posibilidad de subsidiar a los aliados provinciales.

La gran mayoría de los capitales provenía de Gran Bretaña, que conservaría por varias décadas ese papel predominante en el conjunto de las inversiones extranjeras en la Argentina. Así como compraron los primeros bonos del Estado, los ingleses también iban a invertir su capital en las vías de transporte que la producción necesitaba para poder comercializarse y exportarse: los ferrocarriles. La rentabilidad de las primeras inversiones ferroviarias extranjeras estuvo garantizada —como los bonos— por el Estado que, durante la mayor parte del siglo XIX, les aseguró una ganancia (que generalmente rondaba el 7%) sobre el capital invertido. Como premio adicional, a algunas empresas se les cedió una amplia extensión de tierra al costado de las vías, que éstas transformaban en un negocio inmobiliario a partir de su venta. La garantía estatal tenía como contrapartida su injerencia en la fijación de tarifas. Cuando todavía el país no ofrecía condiciones de seguridad suficientemente firmes, esta fórmula fue la más atractiva. Sin embargo, cuando resultó evidente que esas condiciones existían (y que, además, permitían altas ganancias), las compañías británicas prefirieron desestimar la garantía con el fin de quitarse de encima la intrusión estatal y afrontar los riesgos del mercado.

Si bien el grueso de la inversión ferroviaria fue realizada por los británicos, la primera vía de tren la construyó el estado de Buenos Aires en 1857, cuando estaba separado del resto del país. Era ésta una pequeña línea que iba de plaza Lavalle a la de Miserere y que terminó convirtiéndose en el Gran Oeste Argentino. Esta compañía, que fue extendiendo sus ramales por la provincia, continuó siendo de propiedad estatal hasta 1890, año en que fue vendida después de un largo y controversial debate público y legislativo. El debate dividió a quienes querían mantenerla dentro de la órbita del Estado (y que esgrimían el argumento de su eficiencia y rentabilidad) frente a los que la veían como un elemento disruptor de la iniciativa privada y estaban a favor de su venta. La última posición, liderada por el presidente Miguel Juárez Celman, ganó y la

empresa terminó vendiéndose a los ingleses, que la rebautizaron como The Buenos Aires Western Railway. Una experiencia similar tuvo el estatal ferrocarril Andino, que unía a Buenos Aires con las provincias cuyanas, y que pasó a convertirse en el Great Western Argentine Railway. Para entonces, los británicos ya habían realizado importantes inversiones directas en compañías ferroviarias. Entre ellas, se destacaban el Gran Sud, que se extendía por el sur de la provincia de Buenos Aires transportando lana con destino a la estación Constitución; el Central Argentino, que se transformó en el eje de los transportes en la región a partir de su línea madre que iba de Córdoba a Rosario; y el Ferrocarril Argentino del Este, que atravesaba la Mesopotamia.

En la década del ochenta las inversiones ferroviarias se multiplicaron y, hacia el fin de ella, la fiebre generada por ese tipo de actividad hizo que la red ferrocarrilera pasara de los 2.500 a los 9.000 kilómetros (véase Cuadro nº 2). Esta red, que continuó extendiéndose en las tres décadas siguientes, posibilitó la puesta en producción de nuevas tierras, así como la explotación de nuevos productos exportables. Mientras las antiguas y recientes líneas británicas crecían en cantidad de carga transportada, capitales franceses invirtieron principalmente en dos ramales, uno que iba de Rosario a Bahía Blanca y otro en la región central y norte de la provincia de Santa Fe. El Estado nacional, por otro lado, continuó construyendo ferrocarriles en las zonas donde el capital privado no quería aventurarse, como ocurría en buena parte del Noroeste, de la región chaqueña y de la Patagonia. Dado su carácter "de fomento" (como entonces se los llamaba), estos ferrocarriles se construían con la más económica trocha angosta, que hacía los viajes más lentos y fatigosos, pero cuya extensión representaba, hacia 1916, un 20% del total. En esa fecha, el sistema ferroviario había superado los 34.000 kilómetros, una cifra mayor que los 25.000 de México y los 22.000 del Brasil, aunque mucho menor que el estadounidense, que alcanzaba los 350.000 kilómetros. Desde entonces, la expansión ferroviaria se desaceleró y entró en el estancamiento. Sólo la concreción parcial de algunos proyectos gubernamentales (como el ferrocarril que cruzaba los Andes en Salta) posibilitó la construcción de nuevas vías. El capital privado no se aventuró más, pues el fin de la expansión ferrocarrilera mostraba que se había llegado a los límites de la frontera productiva rentable.



Estación Bahía Blanca del Ferrocarril del Sud.

Los británicos invirtieron, a la vez, en tierras, comercio y hasta industria. Pero fueron los bonos del Estado y los ferrocarriles los que acapararon su atención. También invirtieron, aunque en un grado mucho menor que Gran Bretaña, otros países europeos como Francia (además de los ferrocarriles mencionados, lo hizo en el puerto de Rosario), Alemania (que ejercía una posición dominante en la provisión de electricidad), Bélgica e Italia. A principios de siglo comenzaron a llegar capitales norteamericanos. Aunque todavía en 1914 sus inversiones eran cuarenta veces menores que las británicas, mostraron un dinamismo que las iba a llevar a convertirse, avanzado el siglo XX, en las principales del país. En un principio, el grueso de ellas se centró en bonos estatales, repitiendo lo que había sucedido con los ingleses varias décadas atrás y mostrando la precaución con que el capital se maneja frente a un mercado nuevo. A la vez, los norteamericanos invirtieron en una operación más riesgosa, aunque potencialmente más prometedora: los frigoríficos. Estas empresas permitían el procesamiento de vacunos con destino a la exportación, pero de unos animales que eran muy distintos de los que habían poblado las pampas desde la época colonial.

A fines del siglo XIX comenzó a exportarse ganado vacuno en pie para su faena en el lugar de consumo. Esta línea de exportación se desvaneció ante la invención del buque frigorífico que, por la acción del frío, permitía transportar la carne conservada hasta los mercados europeos. El principal comprador de carne argentina era Gran Bretaña, donde este alimento se fue popularizando cada vez más gracias a los bajos costos con que el producto salía de las pampas. Esta orientación hacia la venta externa transformó las razas bovinas utilizadas por los productores. El vacuno criollo, flaco y con cuernos, fue reemplazado por animales refinados —como los de la raza Shorthorn— que se importaban de Inglaterra pues su carne era más tierna y grasosa y, por ende, más apta para el consumo europeo. En un principio la carne se enviaba refrigerada, resultado de un proceso con mucho nivel de frío que conservaba la frescura del producto pero que, al descongelarse, le quitaba parte de su sabor y poder nutritivo. El perfeccionamiento de las técnicas llevó al enfriado, por el cual la carne se mantenía a un frío menor, pero lo suficiente como para cruzar el Atlántico y mantenerse más cerca del sabor y las virtudes originales. Las técnicas más moder-



Marca de ganado.

nas fueron empleadas en los frigoríficos argentinos cuando los norteamericanos desembarcaron con sus capitales, compraron algunas de las empresas en manos de los ingleses y abrieron otras nuevas como Swift y Armour, levantando instalaciones donde empleaban a varios miles de trabajadores y aplicaban los métodos más modernos de organización de la producción que se utilizaban en las firmas similares de Chicago.)

Los ferrocarriles fueron fundamentales para hacer que la Argentina se convirtiera en un exportador de cereales en gran escala. Si bien las primeras redes ferroviarias se extendieron sobre zonas que ya contaban con una carga apreciable para transportar (como el Gran Sud y el Oeste, que trataban de captar el comercio de lanas), en otros casos fue su propia construcción la que impulsó, como efecto multiplicador, la producción. Así ocurrió en la zona recorrida por el Central Argentino, que había obtenido la usual lonja de tierra que fragmentó y vendió entre colonos, mayormente italianos, que se dedicaron al cultivo de cereales. La producción de esta zona se unió a la de colonias más antiguas, que habían surgido en torno de Esperanza, fundada en 1857 al noroeste de la ciudad de Santa Fe.

Las colonias, formadas por inmigrantes y dedicadas preferentemente a la agricultura, se caracterizaban por la alta presencia de propietarios de la tierra entre sus pobladores. Ni los pequeños propietarios ni las explotaciones agrícolas habían faltado antes de la existencia de las colonias (la historiografía reciente nos muestra su presencia desde fines de la época colonial). Sin embargo, el cambio que éstas produjeron fue de tal magnitud que transformó a la Argentina de país importador en exportador de cereales. La producción de las colonias encontró rápida aceptación en el mercado interno, al que logró abastecer y, en 1876, inició una nueva tendencia al permitir el primer embarque de cereales. De allí en más, nuevas colonias se fueron desplegando en el cinturón de la frontera productiva de la región pampeana que iba desde Entre Ríos hasta el territorio de La Pampa. Siendo importantes, las colonias no llegaron a representar el grueso de la actividad agropecuaria pampeana, en la que la estancia iba a ocupar la mayor parte de la tierra productiva.

En los primeros años del siglo XX, la Argentina ya había delineado un perfil productivo y exportador que continuaría por muchos años: cereales y carne con destino a los mercados europeos

(véase Cuadro nº 3). El número de productos que formaban el grueso de la exportación —trigo, maíz, lino, carne vacuna y lana— no era alto. Pero la cantidad exportada era tal que los ingresos provenientes del exterior diluían los efectos de la falta de diversificación. En 1910, el país se había convertido en el tercer exportador mundial de trigo del mundo, lejos del primero —Rusia—, pero no tanto del segundo —los Estados Unidos—. En otros productos, como la carne y el lino, su posición en el mercado mundial era todavía más significativa. Fueron las épocas en que la Argentina comenzó a ser llamada “el granero del mundo” y en que su carne se convirtió, junto con su fama, en una verdadera marca del país.

LA ECONOMÍA PAMPEANA

Las transformaciones ocurridas en la esfera macroeconómica se correspondieron con cambios en las unidades productivas. La producción de cereales con destino a la exportación comenzó, como se ha dicho, en las colonias agrícolas. Allí, la regla era que los agricultores fueran propietarios de una parcela de tierra que, en promedio, alcanzaba unas 50 hectáreas. Los colonos trabajaban junto con sus familias, pero se veían en la necesidad de emplear mano de obra adicional (así como de intensificar la explotación de la familiar) para las tareas que, como la cosecha, eran trabajo-intensivas. El costo de la contratación de peones era significativo para estos colonos que no tenían mucho más capital que su tierra. Por ello, no resulta casual que la primera “fábrica” de maquinaria agrícola (ahorradora de mano de obra) del país fuera un pequeño establecimiento en la colonia de Esperanza.

A principios del siglo XX, el escenario microeconómico del agro pampeano cambió cuando buena parte de la producción cerealera comenzó a originarse en estancias, establecimientos bien diferentes de las colonias. La estancia, considerada como una unidad económica desplegada en una gran extensión de tierra, había caracterizado el paisaje pampeano desde la época colonial. Los cereales se produjeron, sin embargo, en la “estancia mixta” (así llamada porque combinaba la agricultura con la ganadería), un tipo de unidad productiva nueva, con una serie de instalaciones y un manejo empresarial que la volvían diferente de la vieja estancia. En ella



Trabajo agrícola cerealero.

no sólo la producción de cereales aparecía como novedad; la ganadería que se explotaba era también distinta de la de los antiguos establecimientos, pues se trataba de producir primero ovinos y posteriormente vacunos refinados que terminarían, después de su faena en los frigoríficos locales, siendo exportados.

En las “estancias mixtas”, el estanciero se dedicaba al engorde (o invernada) de este ganado. El negocio de la invernada era muy lucrativo, siempre que se asegurara que el forraje para los animales tuviera costos bajos. La forma que estos estancieros encontraron para abaratar esos costos fue la asociación económica con un grupo de gran importancia, tanto cuantitativa como cualitativa, en el agro pampeano: el de los chacareros. Los chacareros explotaban una fracción de tierra, generalmente para producir cereales, pero no eran dueños de la propiedad sino que la arrendaban. Su beneficio estaba en vender sus cultivos, pagarle un arriendo al propietario —un estanciero o una compañía colonizadora que alquilaba tierra rural— y obtener una diferencia. En el caso de que el contrato fuera con un estanciero invernador, los chacareros se comprometían a dejar el campo alfalfado al finalizar el contrato. El

negocio del estanciero invernador, en consecuencia, era doble: cobraba la renta por la tierra alquilada y obtenía la tierra alfalfada donde iba a engordar sus vacas.

Los chacareros arrendaban la tierra por uno o dos años y, después de dejarla lista para el engorde, se desplazaban a otra parcela que podía ser (o no) del mismo dueño. Este sistema originaba un movimiento sobre el cual se ha discutido mucho. Para unos, era una espada de Damocles que pesaba sobre las cabezas de estos arrendatarios, pues dependían de la buena voluntad de los estancieros o de las compañías para poder continuar cultivando. Para otros, era una estrategia que le permitía al chacarero con escaso capital trabajar una mayor porción de tierra (que rondaba, en promedio, las 200 hectáreas), frente a la opción de ser dueño de sólo 50, como ocurría en las colonias.

Aunque sin ser propietarios de la tierra, los chacareros no eran el eslabón más bajo de la estructura social del agro pampeano. Ya sea desde la óptica pesimista u optimista del sistema en el que desarrollaban sus actividades, eran empresarios capitalistas en pequeña escala así como empleadores de mano de obra que (como los colonos) necesitaban para tareas agrícolas estacionales. Esta mano de obra era provista por peones, que recibían el nombre de "braceros" y que eran generalmente contratados por un período del año, aunque tampoco faltaba algún que otro jornalero que trabajara de manera más permanente en las tierras de un chacarero. Esta descripción somera, sin embargo, no puede llevar a pensar en un agro pampeano con grupos sociales homogéneos; mientras algunos chacareros eran empresarios capitalistas en ascenso, otros llevaban un nivel de vida poco holgado, que no era tan diferente del de los braceros.

El mundo de los estancieros mostraba su propia complejidad. Los invernadores estaban al tope de la estructura económica de la región pampeana, aunque no eran ellos los únicos miembros del universo de los dueños de grandes porciones de tierra. Una buena parte de los estancieros eran "criadores", que se ocupaban de la primera etapa de la vida de los terneros, la previa al engorde. Los campos de cría eran de peor calidad que los de invernada por lo que, generalmente, los criadores eran menos ricos y prósperos que los invernadores. Más aún, la relación entre invernadores y criadores estuvo, no pocas veces, teñida por el conflicto (y llevó, en la década de 1920, a una lucha abierta por el control de la Sociedad

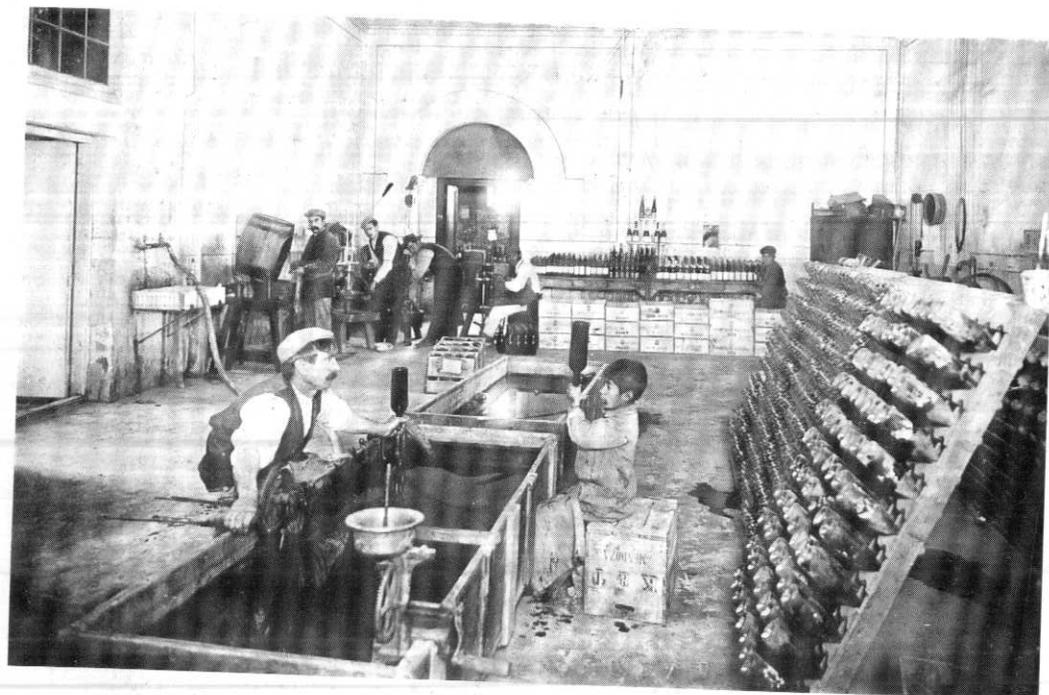
Rural Argentina). Este choque se debía a los espacios de diferente jerarquía que ambos grupos ocupaban en la cadena de producción y comercialización del agro pampeano; mientras que los criadores quedaban (comercialmente) presos de los invernadores que les compraban sus novillos, los segundos tenían vinculaciones directas y fluidas con los frigoríficos, que constituían el lugar donde se concentraba la parte más rentable del negocio de la carne y con quienes podían negociar precios, pues eran sus proveedores. Esta generalización no quita que hubiera criadores poderosos, con gran cantidad de tierra y poder de negociación, ni que existieran estancieros que fueran criadores e invernadores a la vez. Esta división ni siquiera termina por describir las diferentes actividades realizadas por los estancieros. Un grupo generalmente diferenciado de los ya nombrados era el de los cabañeros, que se dedicaban a la importación y reproducción de animales de raza, por lo que ocupaban un papel fundamental en una economía que estaba renovando su stock de vacunos a ritmo acelerado.

Si bien las colonias impulsaron la primera producción agrícola en gran escala, la estancia mixta la hizo llegar a los niveles que convirtieron a la Argentina en uno de los graneros del mundo. Entre 1880 y 1890, cuando las colonias concentraban el grueso de la actividad, las exportaciones agrícolas pasaron de 450.000 a 25.000.000 pesos oro. En el siglo XX, con el auge de la estancia mixta (y contando, también, con el crecimiento de la producción de las colonias), estas ventas al exterior pasaron de 70.000.000 pesos oro en 1900 (cuando desplazaban a las lanas por su valor en embarques) a 300.000.000 en 1913. La combinación entre agricultura y ganadería se mostraba, entonces, como una asociación altamente eficiente.

El agro pampeano se caracterizó por la ausencia de grandes conflictos sociales durante buena parte del período de auge exportador. El entramado que unía a estancieros, arrendatarios y braceros, sin embargo, no siempre era tan calmo. Cuando estallaba una crisis, como ocurrió en 1912 durante el llamado Grito de Alcorta (por la localidad del sur de Santa Fe donde comenzó el conflicto), las complejidades y tensiones del tejido social pampeano salían a flor de piel. Su fama se debió, en gran medida, a que fue el primer conflicto agrario de este siglo en el corazón de la región pampeana, en la que sólo el levantamiento de colonos en la provincia de Santa Fe en 1893 aparecía como un antecedente (algo remoto) de cho-

que rural. Las razones de ambos enfrentamientos fueron, sin embargo, diferentes, tal como se verá más adelante. En los primeros años del siglo XX, el conflicto social se desarrolló más en las ciudades que en el agro, y tuvo a los obreros de las fábricas como sus principales actores.

La industria se desarrolló en torno a la producción de una serie de artículos de consumo y creció como resultado de un doble movimiento de protección arancelaria y aumento de la demanda agregada. La actividad manufacturera había comenzado a desplegarse tímidamente en la década de 1870 (a partir de la aplicación de tarifas aduaneras) y se había afianzado un poco más durante la expansiva década del ochenta. El crecimiento industrial, sin embargo, sólo logró cifras significativas en la década de 1890, cuando una crisis en el sector financiero fue seguida por nuevas tarifas y por una abrupta caída en el valor del peso. Por entonces surgieron una serie de grandes fábricas dedicadas a producir bienes de consumo que iban desde los alimentos y bebidas hasta la vestimenta y artículos de ferretería. Finalmente, a principios del siglo XX, la industria se desplegó con mayor fuerza a partir de un nuevo



Envasado de vino en una bodega de Cuyo.

Cuadro n° 4: Peso relativo de los sectores de la actividad económica argentina 1881-1916
(en porcentajes del producto total)

Año	Industria	Agricultura	Ganadería	Transporte	Comercio	Gobierno	Construc.
1881	10,7	5,3	57,8	1,4	18,6	Sin datos	6,2
1885	9,0	6,4	42,5	1,9	16,3	6,6	17,3
1890	13,4	12,9	27,8	2,9	19,4	5,3	18,2
1895	13,8	21,3	30,4	3,0	19,9	5,2	6,0
1900	18,2	19,7	24,2	4,3	19,5	6,4	7,8
1905	22,1	18,9	17,1	3,9	19,5	3,8	14,7
1910	22,8	15,0	17,2	5,2	19,1	4,8	15,9
1916	27,8	18,3	18,3	5,7	22,0	4,0	3,9

Fuente: Elaboración propia basada en Roberto Cortés Conde, *Estimaciones del producto bruto interno de Argentina, 1875-1910*, Buenos Aires, Departamento de Economía, Universidad de San Andrés, 1994, p. 18.

aumento de la demanda, logrando (en algunos casos) la producción estandarizada mediante el uso de máquinas modernas y aprovechando las economías de escala (véase Cuadro n° 4). Si bien éste fue el escenario para un número muy limitado de bienes y de fábricas, esta industria mostró los primeros síntomas de masificación, que resultaban novedosos en un país en el cual la sensación de tamaño había estado sólo asociada con el desierto. A pesar de esto, la expansión manufacturera pronto encontró serios límites para su expansión en las dimensiones del mercado que demandaba sus productos.

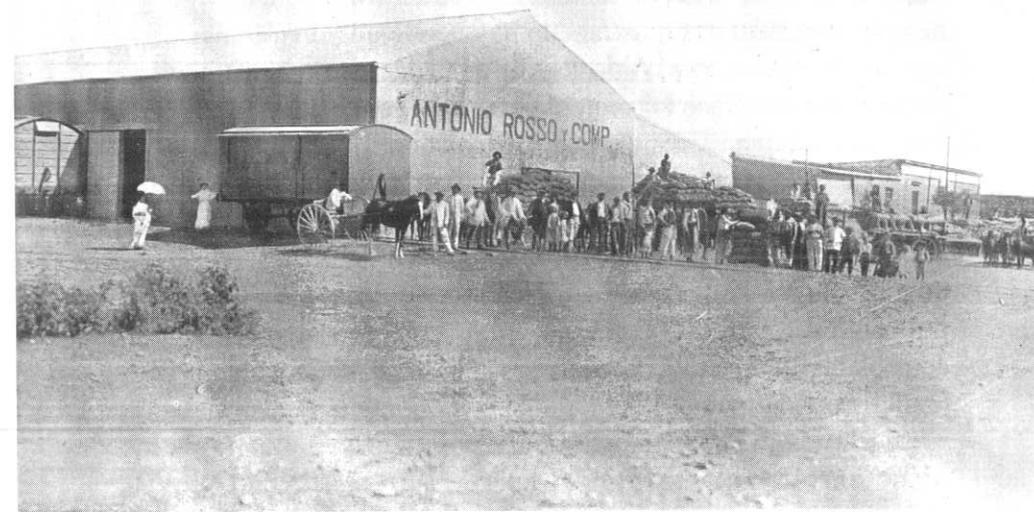
La producción de esta industria, protegida por las tarifas aduaneras y poco eficiente, tenía como principal destino el mercado interno. Ni siquiera las actividades agroindustriales, con excepción de los frigoríficos, tuvieron éxito en el negocio de la exportación. Las producciones regionales protegidas, como el azúcar y el vino, no contaban con las ventajas comparativas que hubieran hecho posible la exportación; sólo el subsidio estatal permitió que el primer producto se vendiese al exterior por un breve período a fines del siglo XIX. La actividad molinera, aun contando con tales

ventajas, vio limitadas sus posibilidades de exportación cuando los mercados externos se reservaron la molienda en sus propios territorios y prefirieron importar el cereal no elaborado. Una de las luchas más denodadas fue con el mercado brasileño, que finalmente terminó cediendo a la presión de los molineros de su propio país y se cerró a las importaciones argentinas. Una situación diferente vivía la industria de la carne, no sólo por las ventajas de exportar los artículos procesados frente a la de enviar ganado en pie, sino también por la existencia de un mercado, sobre todo en Gran Bretaña, abierto para recibir el producto de los frigoríficos.

Dada la complejidad del entramado social del agro pampeano, resulta sorprendente que el conflicto social que tenía lugar en las ciudades no tuviera su correlato en el campo (influido por el dinamismo y el furor capitalistas) y que el Grito de Alcorta haya sido casi una excepción. Especialmente llamativo es que no se dieran más conflictos agrarios al estilo de los que tenían lugar, contemporáneamente, en los Estados Unidos. Allí surgió, en la década de 1890, un movimiento de protesta de amplio eco entre los agricultores (propietarios de la tierra, a diferencia de los chacareros pampeanos) que recibió el nombre de populismo; en 1896, su candidato presidencial señalaba que los agricultores sufrían el martirio de una "cruz de oro", que no era otra cosa que el símbolo del comercio y las finanzas que los ahogaban. En la Argentina, estos sectores eran, asimismo, uno de los blancos preferidos de ataque de los productores; su importancia en el conjunto de la economía hacía entendible este reclamo.

EL COMERCIO Y LAS FINANZAS

Los intermediarios en la cadena de comercialización eran otras tantas piezas del entramado económico pampeano, así como la fuente de eventuales conflictos. Los almacenes de ramos generales proveían a los chacareros de mercaderías y créditos, generalmente prendando la futura cosecha. Para levantarla, los agricultores requerían (además de peones) de máquinas agrícolas que, dada su escasez de capital, alquilaban a alguna de las empresas dedicadas a esta actividad. Una vez levantada la cosecha, era necesario enviarla rápidamente al puerto. Al carecerse de un sistema de



Exportadora de cereales Antonio Rosso y Compañía.

elevadores de granos que permitiera almacenar el producto cosechado, los agricultores necesitaban cubrirlo con bolsas de yute provistas por un puñado de fábricas porteñas que, habiendo establecido un oligopolio, mantenían un precio artificialmente alto para sus artículos. Este sistema ponía al productor en una situación especialmente frágil, pues quería deshacerse de su cereal tan pronto como fuera posible, ante el riesgo de un temporal, e impedía que guardase lo cosechado hasta que los precios estuvieran a su favor. El transporte se realizaba a través del ferrocarril, cuyas empresas cobraban altos fletes y, frecuentemente, se aprovechaban de la premura del productor (y de la congestión en las cargas que implicaba que todos quisieran enviar la cosecha al mismo tiempo) para negarse a la negociación de sus tarifas. Las casas exportadoras de cereales, que se ocupaban de la etapa final de la cadena de comercialización, tenían una actitud similar, por lo que los productores tendían a verlas como adversarios en el complejo proceso de exportación.

Los mecanismos de financiamiento eran, asimismo, uno de los cuellos de botella a los que se enfrentaba la producción agrope-

cuaria. El sistema de créditos se basaba en la prenda hipotecaria, por lo que aquellos que no poseían tierras se veían en dificultades (y debían recurrir a mecanismos paralelos, como el caso señalado de los almacenes de ramos generales). El crédito hipotecario estaba, sin embargo, relativamente difundido a través de una serie de bancos, cuya historia mostraba la potencialidad y los límites de la economía exportadora. A principios de la década de 1880, el escenario bancario estaba largamente ocupado por el Banco de la Provincia de Buenos Aires, de propiedad estatal, y caracterizado por una liberalidad creciente en la concesión de créditos. Los beneficiarios eran tanto el sector ganadero cuanto el comercial, aunque buena parte de su gestión estuvo interferida (o facilitada, según quien estuviera involucrado) por las conexiones con el mundo político, especialmente con el Partido Autonomista Nacional, que controlaba los destinos de la provincia y los del banco que la sostenía financieramente. El crecimiento económico de la década parecía justificar esta estrategia liberal y llevó a la mayoría de los bancos privados a compartirla, haciendo que la institución provincial estuviera lejos de la excepcionalidad.

Además de los préstamos directos, en esta década otro banco de la provincia de Buenos Aires —el Hipotecario— ocupó un papel destacado en el circuito de financiamiento agrario al oficiar de intermediario en la cadena de crédito que tenía como inversores finales a los ahorristas británicos. Esta cadena poseía como instrumento a las cédulas hipotecarias emitidas por el banco sobre la garantía que ofrecía la propiedad de la tierra. A cambio del dinero, el deudor se comprometía a pagar la amortización de capital más los intereses. Estas cédulas se negociaban, en primer lugar, en el mercado de Buenos Aires, para después hacerlo en el de Londres, donde encontraron una buena aceptación entre los inversores (muchos de ellos pequeños ahorristas) dada la imagen de país pujante que la Argentina tenía en ese momento (así como por el prestigio de las casas comerciales británicas que vendían estos valores). La deuda estaba contraída en pesos moneda nacional, un detalle que los inversores no tuvieron en cuenta y que iban a lamentar; en efecto, las sucesivas devaluaciones de la moneda hacían que su pago en pesos papel representara cada vez menos libras esterlinas. Los inversores británicos terminaron perdiendo dinero, pero también se desvaneció la oportunidad de emitir deuda en moneda local para venderla en el resto del mundo. A partir de allí, esta emi-

sión se haría en pesos oro que, al ser equivalentes a la divisa extranjera, no dependían de las fluctuaciones en el valor de la moneda nacional.

La pérdida de dinero por parte de los inversores británicos (y la transferencia de ingresos a los deudores locales) era posible porque en la economía argentina se utilizaban dos monedas de manera paralela. Por un lado, circulaban los pesos papel o moneda nacional, que variaban con la emisión local. Por el otro, se usaban los pesos oro, atados a este metal que cambiaba por pautas internacionales mucho más estables. En la década del ochenta, los pesos moneda nacional eran emitidos por el Estado (o, más bien, por sus bancos) de acuerdo con las necesidades del erario, que generalmente eran muchas. De esta manera se producía una constante inflación que hacía que el peso papel perdiera su valor respecto del peso oro, cuyo aumento era llamado por entonces el “premio del oro”.

Para fijar una relación estable entre ambas monedas se implantó, en 1881, un patrón bimetálico, por el cual se respaldaba en oro y plata cada peso emitido localmente. Las posibilidades de mantener este sistema (que exigía un alto nivel de reservas) no eran muchas, por lo que en 1884, ante una pequeña crisis, se volvió a la “inconvertibilidad” o “curso forzoso”, que obligaba a aceptar la moneda según su denominación pero sin poder cambiarla libremente por oro (o plata), simplemente porque el Estado no tenía con qué pagar. La relación inestable entre las dos monedas favorecía a los exportadores, que obtenían sus ingresos en divisas extranjeras (equivalentes a los pesos oro) mientras que solventaban sus costos (salarios, créditos y compras hechas en el país) en pesos papel que se iban depreciando.

En 1887, el presidente Miguel Juárez Celman lanzó el proyecto —pronto convertido en ley— de creación de los bancos garantidos, una iniciativa que tendría una negativa repercusión en la historia financiera del país. De acuerdo con esta ley, cualquier banco tendría la facultad de emitir moneda siempre que comprara bonos del gobierno nacional que servirían como respaldo a esa emisión. La emisión de dinero por parte de un banco del Estado no era un fenómeno nuevo, pues el de la Provincia de Buenos Aires lo había hecho por mucho tiempo. La novedad estaba, sin embargo, en la extensión del mismo como parte de un proyecto político de amplio alcance. Juárez Celman pretendía quitarle poder a Buenos Ai-

res y uno de los instrumentos que intentó utilizar fue el de concederle al resto de las provincias las mismas ventajas financieras de las que gozaba la primera. La ley de bancos garantidos llevó a la emisión descontrolada de dinero en todo el país; unida a la concesión liberal de créditos que se estaba produciendo, sentaron el terreno para que se desarrollara la crisis de 1890, que impactó desfavorablemente sobre la actividad bancaria.

La crisis terminó con el viejo sistema bancario liberal a través de la destrucción de buena parte del mismo. Muchos bancos privados y estatales, incluido el de la Provincia de Buenos Aires, fueron a la quiebra. La reorganización de la red bancaria se llevó a cabo a partir de las entidades privadas más conservadoras (que por ello habían podido capear el temporal) y, sobre todo, del Banco de la Nación Argentina, una institución estatal creada en 1891. Aunque ya había existido un Banco Nacional —que también sucumbió con la crisis—, la creación de la nueva entidad implicó un fenómeno de profundas consecuencias para un Estado central que



"Música celestial", revista El Mosquito, 13 de septiembre de 1891.

ganaba poder al llegar a manejar el sistema a través de la nacionalización de la oferta monetaria; el control de la moneda resultó así una de las fibras que tejieron su entramado de poder a costa del de las provincias) y, como ocurrió ante la rebelión de Carlos Tejedor en 1880, el resultado fue la derrota de la más poderosa de ellas.)

El Banco de la Nación, según la idea del presidente Carlos Pellegrini, tendría una política diferente de la del Banco Provincia, conservadora en cuanto a la concesión de créditos y despolitizada a partir de una cláusula que impedía realizar adelantos al Tesoro. El terror que infundió la crisis permitió que esta política se

mantuviera. En la década de 1890, el Banco de la Nación fue continuamente acusado de conservadurismo —y hasta avaricia— por su renuencia a conceder créditos. A pesar de las críticas, no sólo se mantuvo reticente sino que su ejemplo fue seguido por la banca privada que había sobrevivido la crisis y consideraba a la prudencia como un valor inestimable.

El renovado crecimiento económico que se produjo a principios del siglo XX cambió el panorama, aunque sin volver a la política de manos llenas de los ochenta. Tanto la banca oficial cuanto la privada se volvieron más generosas a medida que aumentaban los depósitos; los del Banco de la Nación, que siguió siendo la principal institución del sistema, crecieron a la par de la apertura de sucursales en todo el país, e hicieron que la institución reformara su carta orgánica en 1905 para permitir una mayor liberalidad. En ese período, además, se consolidaron algunos bancos privados y se abrieron otros nuevos. Una buena parte de esta actividad estaba ligada al fenómeno de la inmigración, por los ahorros y el manejo de las remesas a los países de origen que implicaba; no resulta extraño, entonces, que los Bancos de Italia y Español se convirtieran en poderosas instituciones. Un acontecimiento significativo fue la reapertura, en 1906, del Banco de la Provincia de Buenos Aires como el resultado de la iniciativa del gobernador y líder político de la provincia, Marcelino Ugarte, un caudillo político con un conocimiento profundo de las finanzas públicas sólo equiparado por su habilidad para manejar la mayor máquina electoral del país, en la que la acción económica del Estado ocupaba un lugar significativo. Sin embargo, el renovado banco estuvo lejos de quedar atado a la política del gobierno de turno, como había sucedido en décadas pasadas. La mitad del capital lo proveyó la provincia, mientras la otra mitad lo hizo el sector privado a través del Banco de Comercio Hispano que, al reservarse el *management* de la institución, intentaba evitar su politización. Siendo algo más liberal que el de la Nación en cuanto a la concesión de créditos, el Banco de la Provincia de Buenos Aires también mantuvo la usual restricción aunque se convirtió —por su nivel de depósitos y créditos— en la segunda entidad del país.

En la década de 1910, la Argentina contaba con una serie de sólidas instituciones estatales y privadas que, sin embargo, no llegaban a formar un sistema bancario desarrollado; las instituciones no tenían conexión entre sí y una operación tan simple como el

clearing recién llegó a establecerse en 1912. Lo más grave fue que la falta de una red bancaria llevaba a restricciones en un mercado de capitales ya limitado por su extrema prudencia. El conservadurismo, aunque amenguado, seguía tiñendo la actividad, como lo muestran las altas cifras de encaje con que operaban todas las instituciones. Esta práctica, más allá de las limitaciones que generaba, mostró una gran sabiduría. En 1913, cuando una nueva crisis azotó al país, los bancos sintieron el golpe. Sus grandes reservas, que resultaban de los encajes, hicieron posible mantenerse en pie y recuperar posteriormente su nivel de actividad, ofreciendo un panorama muy distinto del tendal de heridos que siguió a la crisis de 1890.

El grueso de la demanda bancaria estaba en el comercio, aunque los sectores productivos —tanto la industria cuanto el agro— recibieron una importante proporción de los créditos otorgados. Considerado como sector, la agricultura era la menos beneficiada por el renacer bancario (aun menos que la industria), un tema que generó críticas en su momento y ha sido considerado como uno de los que más afectaron a los pequeños productores. La acción del Banco de la Provincia de Buenos Aires muestra que esta crítica no dejaba de ser cierta; su objetivo declarado era ayudar al campo, por lo que llenó la provincia de sucursales que tenían que cumplir con este deseo. La ganadería, sin embargo, terminó acaparando este activismo crediticio y dejó a la agricultura en una situación más precaria. Más que una política sesgada del banco, las características de la agricultura bonaerense, llevada adelante por arrendatarios y aparceros sin tierras, y las del sistema crediticio rural, que buscaba garantía en la propiedad rural, se unieron en el caso de la región pampeana para hacer de los agricultores (que sufrían por la falta de préstamos en casi todo el mundo) un grupo especialmente sufriente frente a los problemas del financiamiento.

Mientras el sistema bancario se movía, a principios de siglo, dentro de un fuerte conservadurismo, el marco monetario lo hacía en medio de una novedosa estabilidad. En 1899, durante el segundo gobierno de Julio A. Roca, se adoptó una ley de convertibilidad monetaria que iba a tener una vida más larga que la de los intentos anteriores. Esta ley fijaba la conversión entre pesos papel y pesos oro bajo el sistema de patrón-oro, en el que la moneda emitida localmente contaba con el respaldo de reservas en este metal. A la vez, establecía una institución —la Caja de Conversión— que se

encargaría de mantener la convertibilidad. El porqué de la sanción de la ley en ese momento es motivo de especulaciones diversas. Hay quienes sostienen que se produjo cuando el peso papel se estaba apreciando con respecto al oro, por lo que los exportadores habrían presionado al Estado para que interviniera frente a un mercado monetario que les resultaba crecientemente desfavorable. Otros creen ver en la ley el fruto de la preocupación por una inestabilidad permanente, que terminaba perjudicando a todos en el largo plazo, aun a los exportadores que no podían llegar a planear sus actividades. Cualquiera fuese la causa, el Estado puso en vigencia la ley cuando, en 1901, contó con las reservas suficientes para hacerlo, inaugurando una década de estabilidad monetaria que duró hasta la Primera Guerra Mundial, en que fue reimplantado el curso forzoso. La convertibilidad quedó, entonces, como una aspiración para tiempos mejores; volvió por unos años en la década del veinte, pero sólo para caer nuevamente frente a la crisis de 1929/1930.

Uno de los sectores que más pujaba por esta estabilidad era el comercio. Por un lado, la moneda devaluada desfavorecía las importaciones, que se veían así afectadas frente a la producción local. Por el otro, la inestabilidad afectaba el comercio interno, que incluía la actividad minorista y la mayorista. El comercio minorista ejercía una influencia considerable en la economía y en la sociedad; empleaba un gran número de personas, mientras se desplegaba en cualquier sitio que contara con una cierta demanda. Este tipo de actividad conservó muchas de sus características a medida que terminaba el siglo XIX y comenzaba el siguiente. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con el comercio mayorista que, habiendo estado tradicionalmente relacionado con la importación, comenzó a cambiar con el surgimiento de la producción local. Los mayoristas tendieron, entonces, a diversificar sus ofertas con productos importados y nacionales, e incluso surgieron empresas solamente dedicadas a los últimos. De manera paralela, aparecían nuevas especialidades, como la de los comerciantes mayoristas “introdutores” que se dedicaban a enviar mercaderías al interior. Los introductores, generalmente, poseían sus casas centrales en Buenos Aires y sucursales en las provincias, aunque no faltaron quienes tuvieron a Rosario, o aun a una ciudad más pequeña como Bahía Blanca, como base de lanzamiento para comerciar con el interior.

A principios del siglo XX se consolidaron las grandes tiendas,



Gath & Chaves, casa central, Cangallo y Florida, en la ciudad de Buenos Aires.

empresas que contaban con secciones especiales de venta y que combinaban el comercio con la producción a la manera en que lo hacían los *department stores* de los Estados Unidos y Europa, que revolucionaron el mundo del comercio allí donde se instalaron. Las grandes tiendas empleaban a varios centenares de empleados y obreros, y desarrollaban su actividad en edificios de varios pisos y en talleres donde confeccionaban sus propios productos, especialmente los relacionados con la vestimenta y el mobiliario; la más importante de ellas —Gath & Chaves— contaba en 1910 con una casa central subdividida en dos edificios de seis y cuatro pisos en Buenos Aires, mientras daba trabajo a casi cinco mil personas. Las grandes tiendas tenían una comercialización dividida por secciones: calzado, juguetes, artículos de bazar, ropa infantil, de señoras, masculina, de novias, de luto y así hasta abarcar un amplio universo de bienes de consumo. A la vez, se dedicaron a la producción de ropa hecha en serie, que se vendía apilada en los anaqueles de estos mismos emporios del consumo, o se la enviaba a una red de negocios que cubría la casi totalidad del territorio argentino. El fenómeno de este tipo de empresas no se restringió, sin embargo, a Buenos Aires. Las ciudades más pobladas de las provincias, con consumidores de mayor poder adquisitivo, tuvieron sus propias grandes tiendas que eran una réplica (más grande o más pequeña) de las existentes en la capital del país. Rosario fue la que pudo emular con mayor éxito esta práctica comercial: las lujosas y espaciosas “Tiendas La Favorita” estaban allí para mostrarlo. El resto de las ciudades contó con establecimientos menores, mientras que cuando el movimiento comercial no lo justificaba, canalizó sus compras a

las casas de Buenos Aires que se expandían, en buena medida, gracias a la consolidación del mercado interno.

MERCADO INTERNO Y MERCADO NACIONAL

Con ser rápido e intenso, el crecimiento económico que originó el boom exportador se desplegó de manera desigual en la geografía argentina. La región pampeana, de donde salía el grueso de la producción exportable, fue la que experimentó las mayores transformaciones y cosechó los mayores beneficios. El resto del país tuvo una evolución económica no sólo menos impresionante que la pampeana sino también más heterogénea, de acuerdo con la profundidad y la modalidad en que se integraba al mercado mundial. Ciertas áreas lograron una ligazón directa con este mercado a través de un producto específico, como ocurrió con el tanino del norte de Santa Fe y con la lana de la zona patagónica orientada al Atlántico, pero constituyendo economías de enclave que generaban pocos efectos multiplicadores. Otras zonas, ubicadas en las fronteras políticas recientemente definidas, se conectaron con los espacios comerciales de los países limítrofes donde comercializaban parte de sus bienes, aunque con resultados limitados tanto por el escaso potencial económico que ofrecían estos países cuanto por el creciente debilitamiento que sufría la paulatina integración de esas regiones con el mercado argentino. La posibilidad de vender algún producto a la expansiva región pampeana (y de esa manera vincularse, aunque de manera indirecta, al mercado internacional) se transformó en la alternativa más provechosa y en la llave del éxito para un par de economías regionales. Los casos más sobresalientes fueron los del azúcar —cultivado principalmente en Tucumán y, en menor medida, en Jujuy— y del vino —producido en Mendoza y San Juan—. Varias provincias, sin embargo, no lograron producir en gran escala bienes que fueran atractivos ni para el mercado interno ni para el externo por lo que tuvieron que contar, como fuente de supervivencia, con la realización de algún emprendimiento del Estado central —que iba desde un puente hasta un colegio— o directamente en los subsidios que éste les enviaba.

El crecimiento del mercado interno fue paralelo al de la economía exportadora. Es que, a diferencia de las economías de enclave